RECORDANDO A JULIO GOMEZ

POR

JOSE SUBIRA

En una tarde soleada, luminosa y sugestiva del mes de junio de 1956, cuando sólo faltaban cuatro días para la entrada estival, tuve la satisfacción inmensa de dar la bienvenida, en nombre de la Corporación, a mi entrañable amigo desde los años juveniles D. Julio Gómez. ¡Quién me hubiera dicho entonces que, transcurridos dieciséis años, en una mañana frígida, gris y lluviosa del trágico mes de diciembre último, recibiría yo, como un mazazo inolvidable, cuando acababa de llegar el invierno, la dolorosa noticia de que acababa de fallecer, tras prolongada enfermedad, aquel gran artista cuyas actividades se habían desplegado en una triple dirección: compositor, musicólogo y catedrático!

Julio —como yo le denominaba familiarmente— había sido en nuestros años juveniles compañero mío por doble partida: en el Conservatorio y en la Universidad. Allí fuimos él y yo alumnos de Composición en la cátedra deempeñada por el maestro D. Emilio Serrano, el futuro Presidente de la Sección de Música en nuestra Academia de San Fernando. Aquí seguimos caminos divergentes: la carrera de Filosofía y Letras él, la de Jurisprudencia yo. Y ambos nos doctoramos también, pero con opuesta fortuna. Si yo no pude presentar mi tesis doctoral sobre un tema histórico titulado "Condición jurídica de los músicos profesionales" y la sustituí por otra de tipo social que anda impresa por estos mundo con el título "La crisis de la vivienda: sus causas, males y remedios", la tesis de él, puesta bajo el sugestivo epígrafe "Don Blas de Laserna: un capítulo de la historia del teatro español", fue admitida, ensalzada, inserta en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid* e incluida mucho después en el volumen que sobre aquel compositor publicara nuestro compañero de Academia D. José Luis de Arrese.

Julio y yo, desde aquellos lejanísimos días y de un modo inquebrantable, compartíamos el amor a las Bellas Artes, las ansias de cultura y un idealismo jamás enturbiado, aunque nuestras existencias caminaban por diferentes rumbos. Mientras que yo era derrotado en todas cuantas oposiciones hice, triunfó él brillantemente en las primeras, por lo que, siendo muy joven todavía, ingresó en el Cuerpo de Bibliotecas, Archivos y Museos, desempeñando ese cargo en la Sección de Música de la Biblioteca Nacional y más tarde en la del Conservatorio, como sabe muy bien nuestro compañero el señor Lafuente Ferrari, y con ello pudo cultivar sus labores como investigador. Al quedar más tarde vacante la cátedra de Composición en el Conservatorio por fallecimiento de su titular el Académico D. Joaquín Turina, que por cierto había pasado a ser consuegro suyo cuando una hija de aquél contrajo nupcias con un hijo de éste, le sucedió Julio. En todos esos puestos, así como en otros desempeñados transitoriamente, desplegó una actividad sumamente beneficiosa para los intereses artísticos, a la vez que también producía composiciones con inspiración, tenacidad y entusiasmo.

Julio era un excelente pianista. De ello me dio constantes pruebas durante mucho tiempo cuando, en su intimidad hogareña, tocábamos él y yo un repertorio, tan variado como nutrido, de sinfonías, oberturas y otras producciones insignes en su versión pianística a cuatro manos, por ser ambos unos buenos lectores. Y gracias a esta íntima colaboración gozábamos con obras de Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Mendelssohn, Schumann y otros creadores inolvidables. No se interesaba menos por la música teatral de altura, y muy especialmente la española, como lo atestiguan su citada tesis doctoral y su discurso de recepción en nuestra Casa, cuyo título dice lisa y llanamente: "Los problemas de la ópera española", siendo su contenido bien sano en el fondo y muy pulcro en la forma.

Julio amaba la literatura y la cultivó de un modo especialísimo al redactar críticas musicales para uno de los más importantes diarios madrileños. Como también yo desempeñaba estas labores, nos veíamos constantemente en aquel auténtico Teatro Real de nuestra juventud y en otros

lugares donde las funciones escénicas alternaban con los conciertos. Sus trabajos de aquella índole rezumaban el profundo conocimiento de la materia y a la vez, si era oportuno, el sagaz espíritu irónico de su autor. Así, pues, asociábase allí el juicio atinado con la galanura estilística.

Acreditó Julio, durante muchos años, esa doble faceta de su personalidad en una revista mensual si poco conocida muy digna de conocerse, que llevaba el título *Harmonía.* Era el director artístico de ésta, cuyo editor publicaba obras para banda, y aquél transcribió o revisó numerosas transcripciones de ese género. Cada número llevaba un sustancioso artículo escrito por él, y como sus párrafos proyectaban el ambiente musical, una selección de los mismos acogería valiosos aspectos históricos muy apreciables.

Llevado Julio por su doble amor a la música y a la literatura, hizo la versión castellana, bajo el título *El arte de dirigir la orquesta,* del estudio publicado por Richard Wagner, porque el Académico cuya defunción lloramos hoy conocía varios idiomas. Por dominar a fondo el latín, redactó en este idioma la dedicatoria de la fotografía que me dedicó bien afectuosamente a raíz de su ingreso en esta Casa.

En mi discurso de contestación al de su recepción pudo él oír estas frases que subrayan un aspecto psicológico de aquella personalidad: "Sus labores críticas reflejan un carácter y un criterio. Carácter firme, cuando era preciso ponerse muy serio al juzgar; carácter burlón, cuando sólo podía tomar a broma lo que algunos pretendían imponer por conveniencias personales o de camarillas influyentes. Criterio vivificado por la sinceridad, sin aspirar jamás a ser un "fabricante de reputaciones" o un corifeo más del "santón de turno".

Julio fue un compositor flexible, como lo atestigua su copiosa producción musical donde resaltan la *Suite en la* en lo sinfónico, su *Cuarteto plateresco* en el campo de la música de cámara, su tonadilla *El pelele,* con letra de Cipriano Rivas Cherif, en lo teatral y su *Parábola del sembrador* para coros y orquesta.

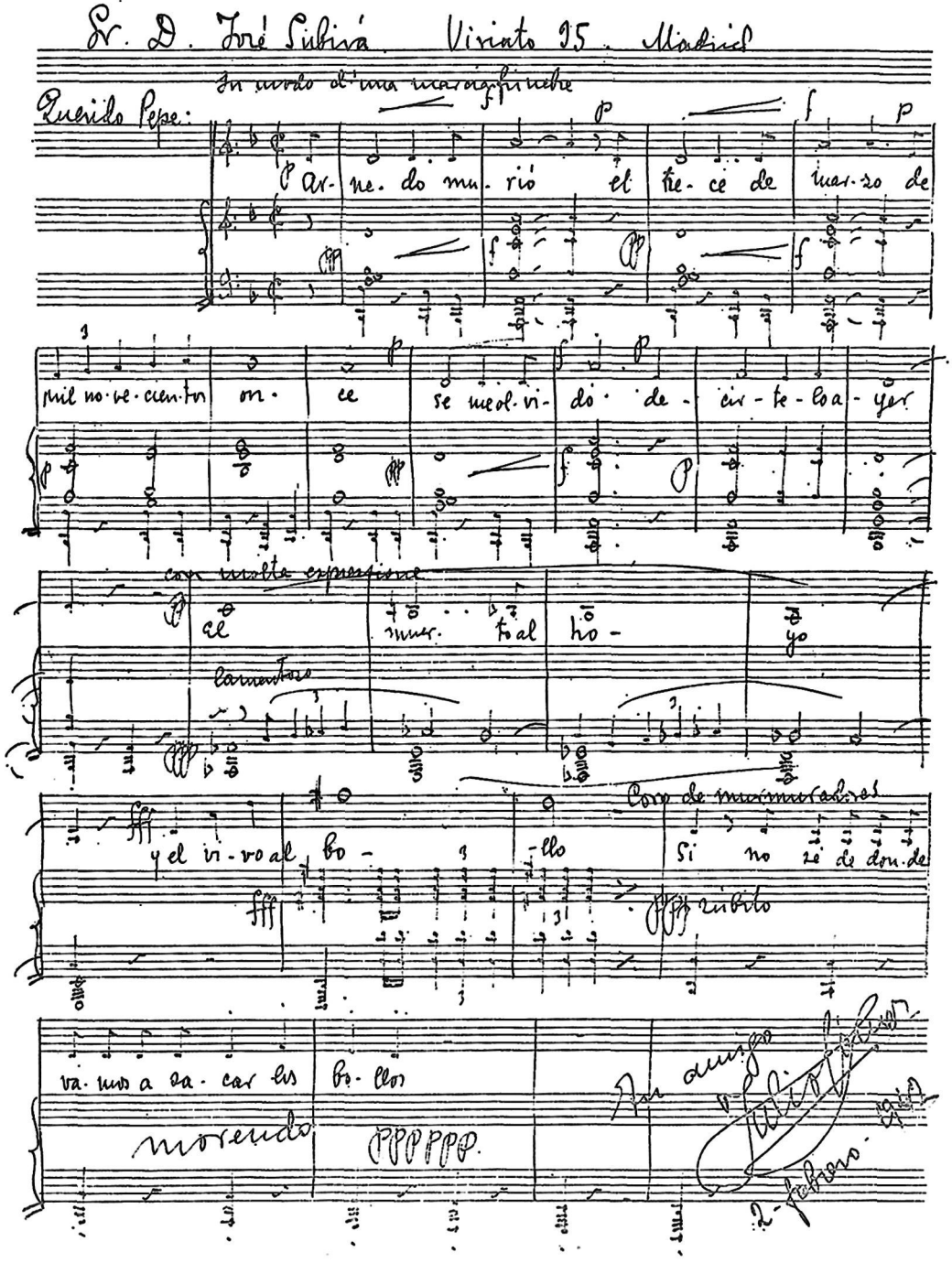
Recibió Julio un gran homenaje en 1956 con motivo de su jubilación como catedrático del Conservatorio. Yo fui designado para representar

en aquel acto a nuestra Academia. A la derecha del homenajeado estaba sentada su esposa y a la izquierda yo, sintiéndome una vez más entonces un miembre de la familia, tan estimada por todos conceptos. Leí el oficio académico que me había otorgado esa representación, donde se me encargó que expresara "la felicitación y la más entusiasta satisfacción que el gratísimo acto representa para nosotros", como se ve allí textualmente. Cumplido aquel encargo, en la sesión siguiente di cuenta del homenaje. En nombre del Conservatorio habló allí también su director, D. Jesús Guridi. Luego Julio, con palabras emotivas, expuso, entre otras cosas, que, fiel a su espíritu idealista, en su larga carrera docente se había esforzado en que el alumnado cultivara un arte noble y puro. Añadiré que aquel artista docto en grado sumo había desempeñado en el Conservatorio la cátedra de "Cultura histórica aplicada a la música" durante unos años a partir de 1947, habiéndola obtenido por oposición, en concepto de profesor especial.

* * *

Desde hace más de medio siglo Julio Gómez me escribió numerosas cartas, lo mismo que su mujer a la mía. Yo las conservaba con alegría y hoy las releo con dolor. Para ofrecer algunos aspectos de su personalidad presentaré, metódica y sistemáticamente, lo más importante de su contenido, con lo cual será él, y no yo, quien escribe realmente lo que sigue a continuación. Allí campeaban los juicios estéticos y éticos frecuentemente, como estos dos: "Ahora reduzco a una forma bastante concreta una de mis obras, pues ya conoces mi antigua enemiga para la divagación y el chorro libre." Así me decía en una carta. Y en otra se expresó del modo siguiente: "La perversidad de Edgar Poe nos impulsa en ocasiones a hacer lo que no debiéramos y a dejar de hacer lo que más nos convendría."

Repetidas veces me suministró Julio con sumo placer noticias biográficas y recordatorios de artistas para mi archivo. Al remitirme el de la cantante D.ª Carlota Ferreal, fallecida en Madrid el 17 de abril de 1955,



Un pintoresco autógrafo de D. Julio Gómez.

lo acompañó con la siguiente referencia informativa: "Para Pepe Subirá. Es la tiple que estrenó la *Circe*, de Chapí. Era hija de D. César Ferreal, autor del libreto italiano de *Garín*, de Bretón, y estuvo casada con un hijo de Emilio Ferrari, poeta vallisoletano y Académico de la Española." Correspondía yo a esas finezas de Julio con igual cariño, naturalmente, y al remitirle cierta vez unos programas que no poseía él y que le serían útiles, los agradeció el 29 de diciembre de 1967 con una carta salada y humorística que ofrecía un rasgo de su talento, por lo que le reproduciré aquí:

"Querido Pepe: ¡No en vano te he tenido siempre como la flor y nata de los bibliotecarios, modelo insuperable de archiveros-arqueólogos de minuciosa escrupulosidad! Te agradezco el envío de esos programas. ¡Efectivamente yo no había conservado ni siquiera uno!

¡Vergüenza eterna para los bibliotecarios distraídos que se pasan leyendo y papando moscas el tiempo debido a la sacrosanta catalogación!

Un abrazo,

Julio."

En esta carta puso a continuación unas líneas Rosario, la inteligentísima esposa de ese artista, cuyo breve texto dice así:

"Nos vamos unos días con Julio a Torrelodones. Feliz salida y entrada de año; y abrazos entrañables,

Rosario."

¡Quién habría de decirnos entonces que seis años más tarde se quedaría ella viuda y que por aquellos mismos días del mes de diciembre de 1973 el cadáver de su consorte iría de Madrid a Torrelodones para recibir aquí sepultura!

* * *

Queda referido atrás que Julio y yo habíamos tocado en su hogar muchas obras pianísticas a cuatro manos, dada nuestra común facilidad para repentizar las composiciones más difíciles. Durante largo tiempo

eran imprescindibles aquellas reuniones dominicales, pero en el otoño de 1939 súbitamente las suprimió en absoluto una larguísima ausencia. Llevaba yo un buen puñado de años como Auxiliar de plantilla en un departamento ministerial y entonces fui depurado con el traslado forzoso a una Magistratura de Trabajo barcelonesa. A partir de mi viaje se lamentaba Julio en nuestra comunicación epistolar de que hubieran cesado esas reuniones familiares y filarmónicas, como lo atestiguan algunos fragmentos reproducidos a continuación.

En su primera carta se lee: "Tu sitio [es decir, el de una silla frente al teclado] no lo ocupa nadie hasta ahora. Estos días el piano parece quejarse de tu ausencia y lanza unos chirridos que alarman." Pasados unos meses Julio expresaba su deseo de que volviese a Madrid para reanudar aquellas sesiones, "porque el Arte es grande y en él se olvida muchas veces lo pequeño que somos los artistas". En el siguiente verano se repiten las conocidas lamentaciones, porque "ocupando de verdad el espíritu en esas cosas artísticas se olvida uno muchas veces de lo desagradable".

Al anunciarle dos años después de mi ausencia que, por haber quedado cesante, volvería yo a mi hogar madrileño por fin, me escribió Julio una carta donde se puede leer un sabroso párrafo fechado el 22 de noviembre: "Como hoy es Santa Cecilia, patrona de los músicos, nos encomendaremos a ella para que proteja nuestras audiciones dominicales, en las que no dejaremos compositor por explorar por dificultoso que sea. ¡Y que se chinchen los vecinos!" En estas líneas aparecía una vez más el espíritu burlón de Julio asociado a un idealismo que nunca le abandonó.

Suministra otro aspecto de esa documentación epistolar lo relacionado con sus entusiasmos por la composición. Hay al respecto notas íntimas y confidenciales de positivo interés concernientes a sus labores en tal sentido y acogeré una que atañe a mí personalmente, por cuanto refleja la gran consideración en que me tenía como crítico. Data de los albores del año 1940. Lamentábase allí de mi ausencia, y no porque se privaba de nuestras reuniones dominicales, sino porque acababa de componer una importantísima obra y hubiera querido conocer mi opinión, juzgándola muy valiosa ya que —según sus palabras textuales— "eres uno de los

pocos músicos a quienes gusta la música, y además tienes la condición, rarísima en España, de que conociendo íntimamente la técnica musical, sus glorias y sus problemas, no las usas componiendo. Los que componen, por esto sólo, añaden una venda más a las que, por otras razones, tuvieran en los ojos para componer".

En las cartas de este período de mi ausencia, Julio me refería epistolarmente sus tareas de compositor activo ya en fases de elaboración, ya referentes a producciones concluidas, ya en estrenos realizados o fracasados cuando parecía próxima su interpretación pública.

A manera de *leimotiv* aparece aquí otro peculiar aspecto: el relacionado con nuestras edades respectivas en el transcurso del tiempo, tomado este vocablo en un sentido metafísico y no en la acepción musical que practican los músicos desde que aprenden solfeo, porque Tiempo, según Eslava, son "la clave y las figuras", pero según la aristotélica definición que Julio y yo debíamos aprender de memoria al estudiar cierto libro universitario, es "el número numerado del movimiento local del primer móvil movido de una manera uniforme y distinta, según la razón de antes y después".

En el año 1925 —hace medio medio siglo como quien dice— Julio se despedía de mí con esta frase epistolar: "Te envío un abrazo de viejo amigo y compañero." Cuarenta y tres años después, o sea en 1967, se despedía de mí llamándome "contemporáneo colega".

Siempre fue inquebrantable nuestra amistad. Por eso al quedar yo depurado con aquel traslado forzoso que me alejaría de Madrid me escribió Julio estas palabras confortantes: "Ya sabéis que contáis entre el escaso número de amigos verdaderos."

He aquí ahora otros dos comentarios epistolares suyos que se remontan a más de treinta años atrás y que versan sobre mi "avanzada" edad en lejana perspectiva. Ambos fueron escritos durante la época de mi "destierro" burocrático en Cataluña y llegaron ambos desde un Madrid para mí inaccesible. Lamentaba Julio melancólicamente, al leer una carta mía, que yo me sintiese anciano ya, tras lo cual su pluma trazó las siguientes líneas: "Ya te reconoces y hasta alardeas de ser viejo. Ese sentimiento

me ha dominado a mí muchas veces, sin perjuicio de que otras me sienta joven y capaz de hacer algo mejor de lo que llevo hecho. Efectivamente, cuando se contempla el pasado sin ser personas hinchadas de vanidad, nos inclinamos siempre a creer que nuestro mejoramiento puede ser indefinido." En el estío de un año después me escribió Julio otra carta donde campeaba el buen humor, como si se hubiese disipado la melancolía de año y medio antes, pues su pluma dejó caer las siguientes palabras burlonas: "Vemos que nos quieres embromar con eso de que ya eres sexagenario. Como si te hubiera dado por decir que eres vegetariano o tresillista, pues el humor aquí tampoco nos falta aunque no seamos sexagenarios o cosa parecida."

* * *

Ahora unas palabras finales. Siendo él un octogenario madrileño nacido en 1886 y yo un nonagenario barcelonés nacido en 1882, ya dejó de vivir; pero, dadas su integridad, su inteligencia y su inspiración, vive y vivirá su inextinguible recuerdo en la memoria de quienes lo admirábamos de verdad y lo estimábamos de corazón.